

AIRINOS

Nº 9 Junio 2008



As 15/10

REVISTA DE LA CASA
DE GALICIA EN CÓRDOBA

Plaza de San Pedro, 1
14002. Córdoba
Tfno: 957 47 64 64

REDACCIÓN

Alonso Fernández, Alberto
García Sánchez, Bartolomé
León Lillo, M^a Isabel
Rodríguez Rodríguez, Isidro
Vázquez Baldonado, Dolores

COLABORADORES

Alonso Morales, Monica
Cruz Casado, Antonio
Gálvez, José Francisco
Jiménez Iglesias, Ángel
Martín Moreno, Antonio
Morales Ruíz, Manuel
Seoane González, Manuel
Tébar García, Pedro

ILUSTRADORES

Ortiz Trenado, Ana
Mora Quero, Manuel
Vicente Pastor, Eva

COORDINACIÓN FOTOGRÁFICA

García Sánchez, Bartolomé

COORDINA

Vázquez Baldonado, Dolores

PORTADA

Portada arquitectónica.
Ribadavia. Ortiz Trenado, Ana

DISEÑO E IMPRESIÓN

Xul
Tfno 957 45 08 97

DEPÓSITO LEGAL

CO-707-00



NO TE OLVIDES...

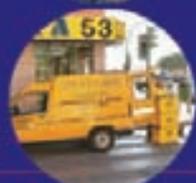
Si vienes a nuestro supermercado,
por sólo 40 euros de compra,
te llevamos tu compra a casa
gratuitamente.



Nuestro personal tomará
nota de tu pedido.



Te lo preparamos como
tu misma lo harías.



Te lo llevamos a casa
en un tiempo record

NO PUEDES VENIR?



LLAMANOS
957 45 19 22

...y te lo llevamos a casa.

Pedido mínimo 40 euros.

Un tema cordobés en el teatro de Valle-Inclán

(a propósito de *Sacrilegio*, de Valle, y *El Bandolerismo*, de Julián de Zugasti)

*Y pues mis hados fieros
me traen a capitán de bandoleros,
llegarán mis delitos
a ser, como mis penas, infinitos.*

Calderón de la Barca, La devoción de la Cruz

Sacrilegio es una obra teatral breve de don Ramón María del Valle-Inclán, un “auto para siluetas”, como la define el mismo autor en el subtítulo, incluida entre las piezas que componen el volumen titulado *Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte* (1927), en cuya ordenación el texto que nos interesa suele ocupar el último lugar. El tema de *Sacrilegio* está relacionado con los bandoleros andaluces, especialmente con los que desarrollaron sus actividades delictivas en la segunda mitad del siglo XIX, cuando ya el presunto carácter de heroicidad que adornada a sus predecesores románticos y que les prestó incluso cierto halo mítico, sobre todo en el mundo literario y en el de las leyendas orales, fue dando paso a un bandido mucho más inhumano, más cruel si cabe, dedicado entonces sobre todo a la extorsión y al secuestro de personas, con episodios que llenaron de dolor a las familias afectadas y a la sociedad en general, sociedad que se veía impotente para frenar tantos crímenes y

fechorías. De esta pésima situación dan fe numerosos textos de la época, como el que se encuentra en la *Revista de España*, correspondiente al año 1881, en el que podemos leer lo siguiente:

“No ya los frutos del campo, sino las personas mismas de dichos propietarios hállanse expuestas fuera de los grandes centros, y con una frecuencia bochornosa para nuestra nación, a los atentados de los secuestradores en unas provincias, y a los del bandolerismo —culto y salvaje según se le distingue ahora— en las más; sin que baste a remediarlo el cuerpo de la Guardia civil que es impotente para ello; porque el caciquismo político con una mano guía al benemérito Instituto y con otra protege al bandolerismo, por ser este un auxiliar que le conviene para imponerse a los pueblos, ahogando en ellos toda manifestación noble, bien tienda a sacudirse de su yugo, bien a castigar por las vías legales las arbitrariedades y abusos que cometen para dominar en ellos. Por otra parte, la desorganización municipal contribuye a alejar a los propietarios ricos de sus fincas, de cuya mejora no pueden ocuparse con fruto”¹.

¹Gervasio G. de Linares, “La agricultura y la administración municipal. Sección cuarta. Policía. Organización de la guardia rural por los particulares, municipios y diputaciones provinciales”, *Revista de España*, tomo LXXX, mayo-junio, 1881, p. 77.



CAJA RURAL
de Córdoba

Precisamente con la intención de detener en lo posible el fenómeno delictivo y solucionar de paso la grave cuestión social planteada, fue destinado a Córdoba, como gobernador civil, don Julián de Zugasti Sáenz (1839-1913), al cual se debe uno de los grandes estudios sobre el bandolerismo, especialmente sobre el hecho histórico en su vertiente andaluza, recabando al respecto información directa y precisa de informantes implicados en el mundo delictivo, los cuales conocieron a los protagonistas y en muchas casos participaron de una u otra forma en sus actos vandálicos y antisociales. Estos ladrones y secuestradores de la última parte de la centuria decimonónica no tienen para la mayoría del público interesado en el tema otro atractivo, otra peculiaridad específica que su existencia al margen de la ley, su astucia para burlar a la autoridad y su crueldad en los múltiples secuestros de ancianos y jóvenes que realizaron en las tierras andaluzas, actuando con preferencia en las comarcas que integran ahora las provincias de Córdoba, Málaga y Sevilla.

Zugasti recopila una amplia información sobre ellos y publica en torno al tema una extensa obra, *El bandolerismo. Estudio social y memorias históricas*, en diez volúmenes (1876-1880), colección que ha sido la base de muchos estudios posteriores. En la última parte de su análisis incluye una serie de narraciones que giran en torno a episodios que han destacado por su carácter novelesco y por los rasgos especiales de los protagonistas o de los implicados en ellos. A este conjunto, titulado específicamente *Narraciones*, pertenece el episodio que tomó Valle-Inclán como fuente fundamental para elaborar su auto *Sacrilegio*. Se trata de la última narración, *Historia de tres secuestros*, cuyo protagonista principal es el bandido apodado el Maruso, aunque su nombre auténtico fuese José Carrasco Gamboa, natural del Arahal, en la provincia de Sevilla.

Con todos los rasgos inherentes al folletín decimonónico, la narración nos presenta tres hechos delictivos concatenados, originados por el secuestro del joven Enrique Rubio, del Arahal, hijo de un mediano terrateniente, robo realizado sagazmente por el Maruso y su cuadrilla, una noche en que el muchacho se encuentra durmiendo en la era, como era usual

en el verano, junto con los obreros agrícolas, en un cortijo de su propiedad. Los bandidos, mandados por el Maruso, desarmaron al vigilante de la era, que era el único provisto de una escopeta, y encierran al resto de los campesinos en una habitación. La intención de los delincuentes es, en el primer momento, la de pedir una gran cantidad de dinero por el rescate del muchacho, en principio nada menos que cincuenta mil duros, de los de entonces, algo que el padre no puede pagar porque asegura que es una cantidad excesiva para su precaria economía familiar. A lo más que transige, tras el intercambio de mensajes con los secuestradores, es a dar unos veinte mil duros por la libertad de Enrique.

Pero sucede que el hijo del Maruso, un niño de unos diez años, llamado Antonio Carrasco Martín, que vivía junto con su madre también en El Arahal, es a su vez secuestrado por tres personas enmascaradas, sin que se sepa bien quiénes son los ejecutores del suceso, pero todo parece concordar en que este nuevo secuestro tiene como objetivo hacer que el bandido suelte al primero de los secuestrados. El niño escribe luego una carta a su padre, que debe serle entregada por mediación de un sastre vecino de Benamejí, también inmerso en el mundo delictivo, llamado Francisco Lechuga Martín, oriundo de Estepa. Y es el sastre Lechuga, el cual se niega a transmitir la carta del hijo del Maruso, el objeto del tercer secuestro anunciado en el título del relato,

y el que se convertirá en el personaje más relevante de la obra de Valle-Inclán que nos ocupa.

El secuestro del sastre Lechuga, llamado el Sordo de Triana en el texto valleinclanesco, tiene como finalidad la venganza sangrienta del Maruso; sin embargo, el malhechor mantiene todavía algún resquicio de humanidad en su conciencia, puesto que le dice que, antes de ser ejecutado, le piensa conceder un último deseo. En el relato de Zugasti, Lechuga quiere simplemente confesarse, ponerse a bien con Dios, después de haber ejecutado una amplia carrera de crímenes, a lo que Valle añade que también desea, y en primer lugar, "dormir con la parienta"², con la



Valle-Inclán pasea por Santiago

²Don Ramón María del Valle-Inclán, *Sacrilegio, Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte, Obras completas*, Madrid, Editorial Plenitud, 1954, 3ª ed., tomo I, p. 881.

esposa legítima del personaje en cuestión. Y, aunque no se le concede lo segundo, los bandidos acuerdan acceder a la confesión del sastre. Pero el problema reside en encontrar un sacerdote que sepa mantener luego la boca cerrada, sobre todo acerca de los secretos que pudiera contarle el insólito penitente; además están alejados de cualquier centro religioso, en las “queiebras de Sierra Morena”³, según Valle, “en un espeso olivar, situado como a una legua de distancia de Benamejí, famoso en los anales del contrabando y del bandolerismo”⁴, según Zugasti. Es un día tórrido del mes de agosto del año 1870.

El núcleo argumental de la pieza de Valle está tomado, en su mayor parte, del capítulo XXXIX, “La confesión de Lechuga”⁵, del citado libro de Zugasti. Como no se dispone de religioso a propósito para cumplir el sacramento solicitado por el reo de muerte, uno de los bandidos se ocupará de tal función (el Padre Véritas “-achivado, zancudo, barbas capuchinas, muchos escapularios al pecho, sayal de ermitaño”⁶-, en el auto de don Ramón; el Bisojo, un bandido de la partida del Maruso, en el relato de Zugasti, malhechor que afirma saber hasta latín: “Ya sabes que yo estudié latín y he sido monaguillo, y a mí me gustan mucho estas escenas, y si por este medio podemos averiguar algo, no se habrá perdido el salto. En fin, Pepe [así llama al Maruso], si tú quieres, yo confesaré a ese tuno y veré lo que puedo sacarle”⁷ (“La travesura del Bisojo”), dice a sus compañeros. La cuestión principal, ante el sastre que tiene los ojos vendados, es que el condenado se cerciore de que el cura lo es efectivamente, para lo que en ambos textos el personaje que cumpla tal función debe tonsurarse, hacerse la corona en la cabeza, por la cual sería reconocido como sacerdote auténtico por



el simple contacto manual del reo, el cual además padece una gran sordera, hecho que provocará que su confesión, proclamada a grandes voces, como es usual en las personas sordas, sea oída por todos los bandidos y objeto de burla, en principio, por parte de los mismos. Es de esta circunstancia de donde toma el título la obra de Valle, *Sacrilégio* (el término está también en Zugasti⁸), porque un bandolero va a usurpar la función de un sacerdote y la confesión, un acto religioso íntimo y secreto, será público y tomado a chacota por los restantes personajes que asisten a la contrición del sastre.

Sin embargo, lo que era al comienzo una simple burla malintencionada, se convierte en un suceso altamente dramático en los dos textos, porque los crímenes que confiesa el sastre Lechuga son tantos y de tal gravedad (adulterio, amancebamientos, abandono y asesinatos de sus propios hijos, robos, etc.), la vida y la sociedad han sido tan duras con él, que el rescoldo humano que pervive en los oyentes está a punto de conmovirse y, en consecuencia, de convertirse en una especie de prolegómenos o pasaporte para darle la libertad. Y la solución es la muerte instantánea del Lechuga, o del Sordo de Triana, en su caso, en el dramático desenlace de la pieza de Valle (“**EL CAPITÁN** se había echado el retaco a la cara. Queda destacado en el pasmo de la oscura rueda. Un fognazo. **EL SORDO DE TRIANA** dobla la cabeza sobre el hombro, con un viraje de cristobeta. El trueno de la pólvora retumba en la cueva. El humo oscurece las figuras atónitas sobre el espejo de la charca. / **EL CAPITÁN**.- ¡Si no le sello la boca, nos gana la entraña ese tunante!”⁹), en tanto que en el relato de Zugasti también resulta muerto

³Ibid.

⁴Don Julián de Zugasti, *El bandolerismo. Historia social y memorias históricas*, Madrid, Fortanet, 1880, tomo X [Parte segunda. Narraciones. Tomo IV], p. 243. Hay edición completa de esta obra, en tres volúmenes, Córdoba, Diputación Provincial, 1983, además de otras selecciones de la misma obra.

⁵Ibid., p. 294 y ss.

⁶Ramón María del Valle-Inclán, *Sacrilégio, Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte, Obras completas*, op. cit., p. 881.

⁷Julián de Zugasti, *El bandolerismo. Historia social y memorias históricas*, op. cit., p. 281.

⁸“Cuando el Maruso fue a reunirse con sus compañeros, ya el Bisojo estaba completamente dispuesto para desempeñar el papel de cura de almas, sin que le importase un ardite el sacrilégio de aquella repugnante farsa.

El Bisojo, teniendo en cuenta la circunstancia de la sordera de Lechuga, invitó a su jefe para que bajase a oír aquel odioso y repulsivo simulacro de la santa solemnidad de un Sacramento. [...] Los bandidos también, abundando en el espíritu maleante y travieso del Bisojo, manifestaron los más vivos deseos de asistir a tan sacrílega farsa, diciendo que, además de que ellos guardarían el más profundo silencio, facilitaba el cumplimiento de aquel antojo, el que Lechuga era muy sordo, y la resolución de que durante aquel acto permaneciese con los ojos vendados”, *ibid.*, pp. 294-295.

⁹Ramón María del Valle-Inclán, *Sacrilégio, Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte, Obras completas*, op. cit., p. 899.

el personaje, aunque después de diversas vacilaciones y sentimientos encontrados que se alternan en el ánimo de los bandidos: “A la caída de la tarde del día siguiente, en medio de un espeso olivar, se hallaban los tres bandidos hablando con grande animación, y teniendo amarrado y a poca distancia al Sastre Lechuga, que a la sazón llevaba cubiertos los ojos con unas gafas de ferro-carril, forradas por dentro de paño negro”¹⁰ [...]

—“Se me ocurre una idea! Vamos á poner un rótulo en el tronco de ese olivo, diciendo la causa de su muerte.

¿Traes tintero?

Y papel, como siempre.

Esta ocurrencia mereció la aprobación de los otros dos bandidos.

En seguida, el que había hecho aquella terrible proposición escribió en un papel estas siniestras palabras: MUERTO POR TRAIADOR Y POR ESPÍA.

Terminada su tarea, el bandido clavó con un puñal el fatídico rótulo en el tronco del olivo, a cuyo pie dormía profundamente el Sastre Lechuga.

—Ahora no falta más, dijo el tal bandido, que cumplir al pie de la letra lo que en el rótulo se dice.

—¿Lo mataremos durmiendo?

—Es claro; así despertará en la eternidad.

—Tienes razón, repuso el que había tenido aquella cruel ocurrencia, el cual, apoyando el cañón de su retaco en la cabeza del sastre, disparó el tiro, dejándole muerto en el acto, durante el momento sagrado del sueño.

El malaventurado Lechuga confundió en un mismo acto el dormir y el pasar a otra vida.

Durante algunos momentos, los bandidos permanecieron pálidos, ceñudos y silenciosos.

Pocos minutos después montaron caballo y desaparecieron del olivar, cuando las primeras sombras de la noche comenzaban oscurecer el horizonte”¹¹.

El suceso narrado, en el que también tuvo su actuación el abuelo de los hermanos Machado, don Antonio Machado y Núñez¹², a la sazón gobernador

de Sevilla (y del que se incluye una carta al final del volumen de Zugasti), acaba felizmente para el Maruso y su esposa, puesto que recuperan a su hijo Antonio, sin que consigan saber exactamente quién había sido el autor del secuestro, ni el móvil inmediato del mismo.

Sin duda que el relato de Zugasti sería conocido en algún momento por Valle-Inclán, extraordinario e indiscriminado lector, como se sabe, y de él tomaría los rasgos básicos para su fulgurante *Sacrilegio*, una pieza breve que vimos representar hace ya mucho tiempo, precisamente en Córdoba, en el Círculo de la Amistad, a comienzo de los años setenta del siglo pasado. La relación entre el estilizado “auto para siluetas” y su fuente es una cuestión de literatura comparada que ha llamado la atención de algunos especialistas en la obra valleinclanesca¹³, cuya bibliografía resulta ya prácticamente inabarcable para cualquier interesado. En el ámbito de los estudios dedicados al bandolerismo andaluz, en el que hemos realizado algunas aportaciones, sobre todo en su vertiente literaria¹⁴, nos parece un asunto poco divulgado y atendido, este tema cordobés en el teatro de don Ramón María del Valle-Inclán que hemos querido recuperar con destino a la más amplia divulgación cultural, tarea que tan dignamente lleva a cabo la revista *Airiños*, de la Casa de Galicia en Córdoba.

Antonio Cruz Casado
Catedrático del IES “Marqués de Comares”

¹³Cfr. Jesús Rubio Jiménez, prólogo a su importante edición de Ramón del Valle-Inclán, *Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte*, Barcelona, Círculo de lectores, 1992, especialmente pp. 48-49; creo que hay otro estudio específico del profesor Rubio Jiménez, sobre esta cuestión, al que no he tenido acceso por el momento.

¹⁴Cfr. Antonio Cruz Casado, “De nobles y bandoleros: La Duquesa de Benamejí (1932), de Manuel y Antonio Machado”, en Actas de las primeras jornadas de la Real Academia de Córdoba en Benamejí, Córdoba, Diputación de Córdoba, 1998, pp. 315-331; ID., “Un bandolero lucentino en los albores del siglo XVIII: Francisco Esteban de Castro”, en Actas de las Segundas Jornadas sobre el bandolerismo en Andalucía (Jauja, octubre de 1998), Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 1999, pp. 67-102; ID., “El mito romántico del bandolero andaluz (Los viajeros románticos y José María El Tempranillo)”, en I Jornadas sobre el bandolerismo en Andalucía, Córdoba, Diputación de Córdoba, 2000, pp. 115-126; ID., La leyenda de José María El Tempranillo (Raíces literarias), en Rafael Merinero Rodríguez, ed., El bandolerismo en Andalucía. Actas de las III Jornadas, Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 2000, pp. 195-240; ID., “Bandoleros en escena: de la tragedia a la parodia (El teatro de bandoleros: Enrique Zumel y otros dramaturgos)”, en Actas de las V Jornadas sobre el bandolerismo en Andalucía (Jauja, 20-21 octubre de 2001), Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 2002, pp. 189-233; Del trabuco a la pluma: autobiografías de bandoleros andaluces, en Autobiografía en España: un balance (Actas del Congreso Internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001), eds. Celia Fernández y M^a Ángeles Hermosilla, Madrid, Visor Libros, 2004, pp. 373-380; ID., El amor, la aventura y la muerte: la novela de bandoleros decimonónica (Manuel Fernández y González y otros narradores), Actas de las VII Jornadas sobre el bandolerismo en Andalucía (Jauja, 25-26 octubre de 2003), Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 2004, pp. 77-139, etc.

¹⁰Julián de Zugasti, *El bandolerismo. Historia social y memorias históricas*, op. cit., pp. 327-328.

¹¹Ibid., pp. 329-330.

¹²Sobre este personaje, cfr. María Dolores Jiménez y Joaquín Agudelo Herrero, “La personalidad y la obra científica de Antonio Machado Núñez (1812-1896)”, en *Antonio Machado hoy. Actas del congreso internacional conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*, Sevilla, Alfar, 1990, tomo I, pp. 167-189, y Daniel Pineda Novo, “La familia de Machado en la Sevilla de la época”, *ibid.*, pp. 191-199.